

PIP VAUGHAN-HUGHES

RELIQUIAS

boveda

Título original: *Relics*  
Editado en Gran Bretaña por Orion, 2006  
(Orion Publishing Group Ltd.)  
Orion House, 5, Upper Saint Martin's lane  
London, WC2H 9EA

Primera edición: febrero, 2010

© Pip Vaughan-Hughes, 2006  
© traducción: Alicia Moreno, 2010  
© de esta edición: Bóveda, 2010  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)  
ISBN: 978-84-937430-0-0  
Depósito legal: M-6.902-2010  
Impresión: Huertas I. G., S. A.  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Agradecimientos .....	11
Capítulo uno .....	13
Capítulo dos .....	21
Capítulo tres.....	31
Capítulo cuatro .....	53
Capítulo cinco .....	79
Capítulo seis .....	99
Capítulo siete .....	113
Capítulo ocho.....	129
Capítulo nueve .....	143
Capítulo diez .....	153
Capítulo once.....	167
Capítulo doce.....	189
Capítulo trece.....	203
Capítulo catorce.....	225
Capítulo quince.....	257
Capítulo dieciséis .....	289
Capítulo diecisiete.....	321
Capítulo dieciocho.....	351
Capítulo diecinueve .....	389
Capítulo veinte.....	421



*Para Tara*



## AGRADECIMIENTOS

Para Tara, por tener siempre razón; para Christopher Little, por su coraje, y su obstinada persistencia y por su amistad; para Jon Wood; para Emma Schlesinger; y para mi familia, por su seguridad y apoyo y, con sinceridad, simplemente por soportarme.



## CAPÍTULO UNO

**T**ODOS LOS BORRACHOS SON MAGOS. O MEJOR DICHO, hay un breve momento en la borrachera en que la magia está a un pelo de distancia. Mientras me inclinaba sobre la desigual arenisca del puente y miraba fijamente al oscuro río de abajo, supe que, con un esfuerzo más, podría transportarme de aquel deprimente valle hasta la cálida ribera de mi hogar. La luna casi llena que se elevaba sobre mi hombro resaltaba las ondulaciones del agua. Cerré los ojos con fuerza, y en el mismo momento supe que había perdido mi oportunidad. La magia se había ido. Esas cosas son cuestión de ser muy preciso. Yo aún tengo que acertar.

Abrí los ojos para descubrir que, de hecho, seguía en la horrible ciudad. Soplaba una fría brisa del norte, el aire de los pantanos me rodeaba el cuello y los tobillos, y me apreté con fuerza el hábito de estameña contra el cuerpo. Pero el siseo y el borboteo del río bajo mí y la luz de la luna por encima se pusieron de acuerdo con la cerveza de mi estómago, y por un confuso momento me pareció que podía oír las esferas del cielo girarse y sonar en algún lugar distante.

Ya era suficiente. Había cerveza para emborracharse y calor que disfrutar. Caminé hasta el otro extremo del puente,

me adentré un par de pasos en la orilla y oriné largo y tendido en la corriente, con mi pequeño chorro formando un arco como un bonito hilo de plata. Colocándome bien el hábito, volví a la taberna donde había dejado a mis amigos.

El Báculo, si sigue en pie, es un pequeño edificio humilde desde fuera. Sus paredes de adobe se están fundiendo de nuevo con el suelo como el queso que se deja al sol. El mesonero, cuyo rostro cetrino como una calavera hizo dar la vuelta a muchos posibles clientes a primera vista, pero que era en realidad un alma alegre, me contó una vez que un antepasado suyo había construido aquel lugar en la época del último rey danés. Por la naturaleza pegajosa de las paredes y los hongos que brotaban profusamente de los aleros, me sentí inclinado a creerle. Pero cuando se cruzaba la puerta (grandes remaches de hierro oxidados que mantenían más o menos en orden unas planchas retorcidas), los valientes o estúpidos encuentran una gran estancia calentada por un fuego que ocupa la mayor parte de una pared, largos bancos convertidos en oscuros espejos pulidos por incontables traseros, hierbas dulces entre los juncos limpios en las piedras del suelo y dos enormes toneles de dulce cerveza fuerte. Esta era, y por el bien de aquella triste ciudad, ruego porque lo siga siendo, la mejor birra de los dominios del obispo.

La cerveza del Báculo era la mejor que he probado. Tenía... Pero no. La bebida preferida de un hombre puede ser agua sucia para otro. Si hubiera podido probar cada gota que me describía la gente aburrída y sedienta lejos de su hogar (o simplemente lejos de la bebida) habría estado borracho toda mi vida y media de la siguiente. Baste decir que era dulce como la miel y fuerte como la luz del sol, con un regusto a algo como brezo.

La brisa entró por un agujero y de pronto me sentí helado. Enfilé la calle del Báculo y allí estaba la taberna, a solo unos

metros. En ese momento, la puerta se abrió y una luz amarilla salió al callejón, junto con voces elevadas. Tres figuras salieron haciendo eses. Por el camino se chocaban unas contra otras, dándose agarrones y con las cabezas levantadas, era obvio que estaba a punto de producirse un altercado. Tenía frío, sed y añoranza de mi hogar, así que lo último que quería en aquel momento era pasar a través de una pelea, por lo que giré a la izquierda por el estrecho pasaje que separaba la taberna de sus vecinos, con las piernas bien abiertas para evitar el arroyuelo de agua nocturna que corría por el medio. Un giro a la derecha, y ya estaba en la puerta lateral.

La entrada lateral del Báculo era un arco de piedra sobre una antigua puerta con ligaduras de hierro, detrás de la cual un corto pasillo con el suelo de piedra llevaba a la sala principal. Mientras la puerta crujía al cerrarse detrás de mí, noté algo peculiar en la paja vieja que cubría las losas. Algo reflejaba la luz de los juncos que ardían en el fuego que ocupaba toda una pared, algo brillante y dorado. Me incliné para verlo mejor.

Era oro de verdad. Trozos afilados cortados de monedas mayores. Había muchos, esparcidos sobre la paja medio podrida que, ahora que tenía la nariz más cerca, apestaba a moho y a fluidos indescriptibles. Sin pensar, extendí la mano hacia el trozo que tenía más cerca, pero algo me hizo detenerme. Al mirar atrás, me gusta pensar que la divina providencia o mis propios sentidos aguzados me avisaron, pero en realidad me había dado cuenta de que el suelo estaba lleno de piojos que brincaban sobre el heno y las monedas como la grasa saltando en una sartén caliente. Así que lo pensé mejor y me levanté.

Al momento siguiente sentí que alguien me agarraba por detrás y el peso de un cuerpo me lanzó contra la pared, dejándome sin aire en los pulmones. Luego me dieron la vuelta. Me pusieron una mano sobre la boca.

—Así se mata a alguien rápida y eficientemente. Con el cuchillo por delante, pones el pulgar en el filo. Golpeas hacia arriba bajo las costillas y sigues empujando en esa dirección —la voz era como el viento pasando a través de nieve helada—. Si tu hombre está contra una pared, ponle la mano sobre la boca hasta que deje de moverse. Así no te toserá sangre en la cara.

Sentí el aliento del hombre en mi rostro mientras hablaba. Tenía los ojos cerrados con tanta fuerza que veía estrellas. En alguna parte al fondo de mi cabeza, una pequeña voz tranquila parecía decirme que los abriera, que iba a morir de todas formas y que debería averiguar cómo y por qué. Y así lo hice.

Me encontré mirando una cara larga y delgada. Piel cobriza se extendía sobre huesos angulosos. Espeso cabello negro cortado para llevarlo bajo un casco. Una barba sobresaliente y cejas oscuras sobre brillantes ojos de color gris pizarra. La boca como un tajo empezó a reír. La mano abandonó mi cara.

—¡Qué pasa, pequeño monje! ¿Sigues vivo?

—¡Sí! —chillé con el aire que me quedaba en el pecho.

—Bueno, bueno. ¿Y te preguntas por qué?

Solo pude asentir.

—La razón, pequeño monje, es que has mantenido tus delicados dedos alejados de mi oro. Eso me ha dicho lo buen muchacho que debes de ser.

Intenté decir algo. Sentí la repentina necesidad de contarle a aquel hombre lo agradecido que le estaba, y al mismo tiempo de defenderme por mí mismo. Una palabra se formó sola en mi lengua seca.

—Mierda —grazné.

El hombre oscuro emitió una risotada. Me dejó ir, y las rodillas casi me fallan. Sin apenas atreverme a mirar, sin embargo vi que mi atacante era alto y delgado y llevaba ropas de ex-

quisito damasco verde. Entonces me fijé en su mano derecha. Sostenía un cuchillo muy largo, fino y de punta afilada. Al verme bajar la mirada, el hombre alzó rápidamente su arma, sosteniéndola a un dedo de distancia de la punta de mi nariz. Desde esa incómoda posición pude ver que la hoja estaba finamente decorada con diseños de espirales en plata, y que la empuñadura era verde claro, engastada con gemas rojas.

—Es bonita, ¿verdad? —dijo el hombre—. Se llama Shauk. Ella y yo estamos jugando a un juego.

—¿Un juego? ¿Qué mierda de juego? —no me sentía tan valiente. Simplemente me salió.

—Al juego de encontrar a la gente codiciosa.

—Yo no soy codicioso.

—Es verdad. Has estado ciego ante la tentación. ¡Un verdadero san Antonio! —el hombre rio fríamente—. Shauk significa «espinas» en la lengua musulmana. Puede ser una cosita afilada.

Y presionó la punta del pulgar sobre el extremo de la hoja. Cuando la retiró, salió un poco de sangre. Levantó la mano y la sacudió hacia mí. Sentí gotas cálidas que me salpicaban la cara.

—Ya es hora de que te vayas, hermano Petroc.

Siseó las dos últimas palabras. Dudé un momento, atrapado por su feroz mirada, luego me volví y corrí, levantando paja y oro mientras me tambaleaba por el pasillo, abría de un tirón la puerta de la sala principal y entraba como una exhalación.

Fue como pasar a otro mundo. Más tarde, aquella noche, cuando mis humores se hubieron asentado en algo parecido a su configuración habitual, decidí que había sido como una historia que mi madre solía contar sobre un joven llamado Tom. El joven Tom era buscador de estaño, y había excavado en uno

de los montículos que surgen de las pardas y ventosas laderas de Dartmoor. Tom cavó más y más adentro hasta que su pala golpeó el aire. Se retorció por el agujero, y cayó a una gran sala donde las hadas celebraban un banquete. En la historia, el pícaro Tom había sido bienvenido, le habían ofrecido casarse con una atractiva chica hada, y regresó a los páramos tras una ausencia de un feliz día bajo tierra, aunque descubrió que las estaciones habían pasado doce veces en su ausencia. Pero aquí en el Báculo, nadie me había echado de menos. Fuera había pasado una eternidad, y dentro el tiempo había llevado su habitual ritmo despreocupado mientras los niveles de cerveza bajaban, los leños se convertían en cenizas silenciosamente y las risotadas se desvanecían entre las vigas como humo. Este mundo era el mismo, pero como Tom el minero de estaño, yo había cambiado, aunque entonces no lo sabía. El destello del oro y el movimiento de la espina de acero habían causado sin duda el mismo efecto en mí que cualquier encantamiento de las hadas, y seguiría afectándome como un lento veneno hasta que el antiguo Petroc se convirtiera tan solo en la persona que cuenta esta historia, a un mundo y una era de distancia.

Pero en ese momento colgaba del marco de la puerta como un cuervo muerto de un patíbulo, jadeando, esperando a que se me saliera el corazón por las orejas. Entonces recordé que había un cuchillo afilado y una puerta abierta a mi espalda. El portazo volvió varias caras rubicundas hacia mí. Me tambaleé hasta el banco donde estaban sentados mis amigos. Owen el Galés echó un vistazo por encima del hombro y movió el culo a un lado para hacerme sitio. Me desplomé junto a él. De repente estaba muy enfadado. Golpecé la mesa con la palma de la mano. Eso atrajo la atención del grupo. William de Morpeth giró su cara picada de viruela hacia mí.

—Por los clavos de santa Ágata, ¿dónde te habías metido? —preguntó.

Mis amigos me estaban mirando. Mis cinco amigos: Owen el Galés, Owen el Córnico, William, Alfred y Martin de Gallis.

—Que alguien me traiga una cerveza —dije—. Y luego os lo cuento.